

LA PREGUNTA DIRECTA DE JESÚS: Y TÚ, ¿QUIÉN DICES QUE SOY YO?

Mc 8,27-35

24º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Querido amigo: El encuentro de hoy es un encuentro íntimo, profundo, ansioso de Jesús, de saber qué pienso, qué siento, qué sé, qué quiero de Él. Y junto a los discípulos, me pregunta: “Bueno, ¿y tú qué piensas de mí? ¿Tú quién dices que soy Yo?”. Lo vamos a ver en el texto que nos narra hoy Marcos en el capítulo 8, versículo 27-35. Nos vamos a aquella escena, escuchamos lo que ocurre y lo que dice Jesús en este momento:

Salió Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo y por el camino preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy Yo?”. Ellos le respondieron: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías y otros que uno de los profetas”. Él les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?”. Pedro respondió: “Tú eres el Cristo”. Y les ordenó taxativamente que no lo dijeran a nadie. Y empezó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. Y hablaba de esto con toda claridad. Pedro entonces, tomándole aparte, se puso a reprenderle. Pero Él, vuelto hacia sus discípulos y mirándolos, reprendió a Pedro y le dijo: “¡Apártate de mí, Satanás, que no sientes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres!”. Y llamando a las gentes junto con sus discípulos, les dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, pues quien quiera salvar su vida la perderá, mas quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará”.

Bien, querido amigo, nos transportamos a Cesarea de Filipo. Es uno de los parajes y de los paisajes más bellos de Tierra Santa. Junto al Jordán, allí, Jesús ha venido a descansar, ha estado orando, y está con sus discípulos. Y en medio de esa intimidad, les pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?”. Ha hecho milagros, le han querido alabar, le han querido hacer Rey, todo lo hace bien... Pero Él, ahora, en la intimidad quiere preguntar a los discípulos: “¿Quién decís que soy Yo?”.

No puedo continuar, querido amigo... Hoy, también, Jesús a ti y a mí en la intimidad de este encuentro, igual que a los discípulos, nos pregunta: “¿Y tú, quién dices que soy Yo?”. “La gente dice que eres, unos Juan —contestan los discípulos—, otros Elías, otro el Profeta...”. “Vale, pero vosotros —tú y yo, querido amigo, somos interrogados en estos momentos por el amor de Jesús que espera nuestra respuesta con toda ansia y con todo cariño—, ¿quién pensáis que soy Yo?”. Y en estos momentos nos sale de todo en nuestro interior. ¿Qué pensamos de Él? Que Él es nuestra vida,

que Él es nuestro amigo, que Él es nuestro compañero, que Él es nuestra fuerza, nuestra fuente de amor.

Y seguimos con los discípulos viendo todo lo que ocurre. Una vez que los discípulos le contestan así, Pedro enseguida con ese amor, con ese ardor, primario, le dice: “Tú eres el Mesías”. Entonces le lleva aparte, le empieza a recriminar, le empieza a decir... pero a Jesús no le gusta eso, que le increpe. Le dice: “¡Quítate de aquí, Pedro! ¡Quítate de mi vista! Tú ahora mismo no piensas nada más que como hombre, y no piensas como Dios. Tú sabes... ¿quieres saber quién soy Yo? Pues mira, si quieres saber, si quieres seguirme, si quieres venir conmigo, tienes que negarte, tienes que cargar la cruz, tienes que seguirme, porque así te salvarás. Y el único camino para seguirme, Pedro, —y también se dirige a ti y a mí, querido amigo— es negarte a ti mismo, es cargar, aceptar todo lo que tengas, que es cruz. ¿Y qué es cruz? Todo lo que te produce sufrimiento y dolor, y sobre todo, todo lo que no aceptas. Pero tienes que aceptarlo para saber que ése es el abrazo mío”.

¡Con qué amor, con qué ansia espera Jesús mi respuesta! Cuando todo es fácil, cuando todo es aclamación, positividad... las cosas van bien. Pero cuando ya no es así, cuando entra en el camino de la vida el sufrimiento, el dolor, la persecución, la contradicción, no pensamos así. Por eso a Jesús le interesa preguntarnos, evaluarnos, controlar cuál es nuestro pensamiento: “La gente dice esto, pero tú ¿qué dices?, ¿qué soy Yo para tu vida?”. Querido amigo, vamos a escuchar a Jesús que nos lo pregunta y en pleno silencio y en pleno amor le vamos a contestar. Él quiere que aprendamos su camino, que aprendamos que su vida es una vida de renuncia, de seguirle, de tomar la cruz cada día. Que es costoso, ya lo sabemos. Que es difícil de entender, ya lo sabemos. Pero está Él ahí, Él nos ayuda.

Y qué gracias le tenemos que dar en este encuentro a Jesús, que nos recuerda su forma de ser, que nos recuerda que si le aceptamos somos de Él, en la alegría y en el sufrimiento, en la alabanza y en la persecución, cuando tenemos luz, cuando no la tenemos. Muchas veces le decimos a Jesús: “Si Tú eres el todo para mí, pero ¿sabes?, muchas veces la vida nos resulta dura. Unas veces por nuestra misma forma de ser, nuestra misma forma natural; otras por el ambiente, porque unos y otros nos hacemos sufrir. Pero no entendemos que Tú eres al que te ganamos cuando nos perdemos, cuando seguimos tomando tu cruz”.

Hoy, Jesús, es un compromiso hacia ti, un encuentro íntimo, cariñoso, amoroso... ¡Tú eres el todo para mí! Dejemos que nuestro corazón se desfogue diciéndole lo que es para nosotros. Dejemos que nos explayemos seducidos por su amor, por su fuerza, por su persona, porque nos contagia su vida, su espíritu... ¡por todo! Y dejemos que este corazón, este pobre corazón sepa apegarse sólo a Él y sepa apegarse para que Él nos ayude a seguir, a continuar en este camino, a fortalecer nuestro ánimo cuando veamos que todo es cruz, cuando veamos que las cosas no son como queremos.

Resuena en mi interior esa frase, como un disco repetitivo —y un Jesús que me espera con una cara de amor, una espera de cariño y una respuesta que quiere que le diga quién eres Tú para mí—, oigámoslo una y otra vez: “¿Quién eres Tú para mí?”. Sí,

Señor, Tú me preguntas quién eres Tú para mí y yo te contesto: “Tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero. Eres mi Dios, mi Señor, mi Maestro, mi único Amigo, mi Todo. En ti descanso, en ti me fortalezco, en ti me consuelo, en ti me alegro. A veces no sé seguirte, pero quiero seguirte. Enséñame a negarme. Enséñame a cargar con la cruz, con lo que me cuesta, con lo que no acepto, con lo que no entiendo, porque si lo acepto me abrazo a ti, y ese abrazo definitivo me une a ti para siempre y me une y me da vida en mi vida”.

“¿Quién eres Tú para mí?”... Dejemos que resuene, querido amigo, esta frase y entremos en pleno diálogo con el Señor dejando rienda suelta a nuestro corazón y engrandeciendo nuestra fe. Que al fin de nuestra vida pueda decir una y mil veces: “Señor, Tú sabes todo, Tú sabes que te quiero. Dudo, pero aumenta mi débil fe... ¿Quién eres Tú para mí? Señor, Tú eres mi Camino, mi Vida, mi Fuerza y mi Amor”. Me quedo contigo hablando en el interior de mi corazón y respondiendo con mi pobreza ante tanto amor para ti.

Le pedimos a la Virgen que nos ayude en este encuentro para que le demos a Jesús todo el amor que tenemos y todo lo que le queremos. “Señor, Tú sabes todo, Tú sabes que te quiero. ¿Quién eres Tú para mí?”...

Que así sea.

Francisca Sierra Gómez